

veían en los cristianos nada que fuese análogo. La aparición del cristianismo levantaba el odio popular contra una *secta impía*, sin dioses, sin templos, sin altares. Imbuída de la opinión de que los cristianos eran ateos y de que estos hombres sobre quienes estaba suspendida la cólera del cielo debían de ser exterminados, la muchedumbre exclamaba, toda á una voz, á los magistrados y gobernadores: *Exterminad á los ateos*. Cuanto mas obligados se veían los cristianos á tener sus juntas en secreto y durante la noche, con mas facilidad acogían los paganos la calumnia, divulgada ya de mucho tiempo habia, de que se cometían en estas asambleas crímenes horribles y contra la naturaleza. Un niño, se decia, envuelto en harina es presentado al neófito que va á iniciarse; este, sin saber lo que hace, le traspasa á puñaladas; en seguida, se va pasando en una copa la sangre del niño degollado: se parten sus miembros como un alimento, y se ligan todos así con un sacrificio comun. Este horrible banquete era seguido de escenas bacanales y de incestos indescriptibles. La acusación de antropofagia habia nacido, como lo hemos hecho observar, de las ideas desfiguradas y desnaturalizadas que los paganos se habian formado de la Eucaristía⁽¹⁾. El ósculo de paz que los cristianos se daban antes de la fracción del pan; el nombre de *ágape* (amor, caridad), consagrado para las comidas en comun que se seguían á las asambleas, fueron el inocente origen de las horribles calumnias de incestos y crímenes contra natura. Mas tarde, como lo hemos notado, la espantosa disolución de los gnósticos pareció autorizar á los paganos á hacer extensivos á todo el conjunto de la religion cristiana los agravios que solo podían recaer sobre sectas repudiadas por todos los fieles. Juntando de este modo como en un manojo todos los motivos de aborrecimiento del paganismo contra la Iglesia, nos hacemos cargo fácilmente de la explosión general de venganzas, persecuciones y crueldades que ensangrentaron los

(1) Permítasenos observar sobre esto, que estas calumnias son una prueba irrefragable de la fe de los primeros cristianos en la presencia real y en la transustanciación, negadas en nuestros días por los protestantes.

tres primeros siglos de la Iglesia. Lo que los emperadores proscribían por política era objeto de execración popular, y nunca se vió estallar un sentimiento de indignación contra tantos arroyos de sangre, contra tantas torturas gratuitas, contra tan inauditos suplicios: porque el pueblo, lejos de levantar una voz generosa, si no estuviera tan ciego, se regocijaba al contrario al ver condenar y hacer morir á hombres enemigos de los dioses.

5. Para luchar contra todos los obstáculos que le oponían los intereses, las pasiones, las preocupaciones, los hábitos y las supersticiones, todo reunido, la Iglesia no se valió jamás de otras armas que el poder mismo de su doctrina, que le ganaba prosélitos aun en el seno mismo de sus tiranos y verdugos. La vida ejemplarísima de los cristianos, la calma de su conciencia, su menosprecio por todo lo que era objeto de las preocupaciones sensuales de entonces, el ardor y santo anhelo con que volaban al martirio cual á una vida mejor y perenne, no podían menos de producir una profunda impresión en almas formadas por el paganismo á la molición, á la sensualidad y al exagerado lujo de los goces materiales. Era forzoso reconocer, á despecho de una naturaleza corrompida, y de un espíritu extraviado, que habia en la doctrina cristiana cierta fuerza de regeneración espiritual y como de rehabilitación de la humana dignidad. El celo de los cristianos para propagar la fe que habían recibido, como un bien supremo que se apresuraban á comunicar á sus hermanos, contrastaba tambien mucho con la fría indiferencia del paganismo. « La mayor » parte de estos discípulos apostólicos, dice Eusebio, despues » de haber sido iniciados en la vida cristiana, recorrían hasta » los países mas lejanos para dar á conocer el nombre de Je- » sucristo: esparcían por todas partes el libro de los santos » Evangelios. Millares de paganos que oían sus palabras, » abrían inmediatamente su corazón á la adoración del verdadero de Dios. » Incontrastables en su amor y celo por la doctrina de Cristo, las amenazas, tormentos, el aspecto mismo de la muerte bajo sus formas mas horribles, no hacían sino

inflamar su valor. « El hombre es de Dios solo, no del emperador, » decían con Tertuliano. Imperturbables y superiores á todo humano temor, respondían ellos con pacífica negación á cada tentativa del Estado sobre la vida de los cristianos, y declaraban que, en esta materia, no tenían que recibir otras órdenes que las de Dios y su Iglesia. El medio principal empleado para acabar con la fe, las persecuciones y los suplicios producían un efecto diametralmente opuesto. « Al modo que » se podan con frecuencia los fecundos sarmientos de la viña, » decía san Justino, para hacer brotar tallos mas abundantes » y fuertes, de la misma manera los paganos, sin quererlo, » obran con nosotros: porque el pueblo cristiano es una vid » plantada por Dios Padre y por Jesucristo Salvador. » En presencia de tal espectáculo, los paganos mas sensatos y que no estaban desprovistos de sentido, ni completamente cegados como los demás, comenzaban á sospechar que debía de ser algo mas que una ilusión lo que elevaba tantas personas, de toda edad y sexo, sobre las humanas flaquezas, y lo que les inspiraba una constancia invencible. Y aun frecuentemente aquel gozoso menosprecio de la muerte y de los padecimientos hacia impresión tan poderosa sobre muchos espectadores, que era harto comun ver una conversión espontánea como consecuencia de ella.

6. La espada fué sin duda el principal medio de que se valió el paganismo para acabar con la religion de Jesucristo. Sin embargo los escritores y filósofos paganos se dieron, por otro lado, la misión de desacreditar y perder en la opinión una doctrina que los emperadores y magistrados trataban de anegar en sangre. Luciano se distinguió en esta lucha, combatiendo con el arma de la ironía y del sarcasmo que le eran familiares. Este burlon superficial, contemporáneo de los Antoninos, era, por sus opiniones epicúreas, enemigo de toda religion, bajo cualquier forma que se presentase. En consecuencia, no veía en el cristianismo sino una de las innumerables facetas de la locura humana, sobre las cuales vertía la hiel de su mofa cuando tenía ocasión. En su pintura de Peregrino Proteo, presenta á

este impostor como enlazado con los cristianos, y de allí toma asunto de contar en tono satírico lo que sabe de los discípulos del Evangelio. « Esas pobres gentes, dice, piensan que han » de ser inmortales, en cuerpo y alma: en consecuencia des- » precian la muerte, y aun muchos de ellos se ofrecen á ella » voluntariamente. Su primer legislador les ha persuadido » que todos son hermanos desde el momento en que renegando de los dioses helenistas adoran á un sofista crucificado. Desprecian igualmente todo lo demás, mirando como » un bien comun su haber, y con esta credulidad son fácilmente presa del primer hábil impostor que puede hacer rápida fortuna con hombres tan insensatos. » Como se ve, Luciano habia prestado una atención frívola y fugitiva á la nueva fe, y ni siquiera columbró su importancia.

Celso, el filósofo, su amigo, fué el primero que escribió una obra contra el cristianismo. Esta obra, intitulada *Discurso de verdad*, de la cual solo podemos juzgar por la refutación que de ella hizo Orígenes, es un tejido de calumnias populares contra el cristianismo y su autor. Los cristianos, segun él, son un partido nacido poco há, y que se separó de los Judíos por una rebelión. Jesucristo, nacido de una madre culpable, educado en Egipto en las ciencias ocultas de los hierofantas, logró atraerse, por sus operaciones mágicas, doce miserables pescadores. Los prodigios de que está llena su vida no son sino encantamientos y prestigios sin realidad. Su doctrina, absurda mezcla de las viejas tradiciones judías, unidas á algunos preceptos morales profesados despues de muchos siglos por los filósofos griegos, no puede sostener un exámen serio y crítico. Los adeptos de esta doctrina nueva se reclutan en las clases mas bajas, entre la gente mas ignorante de la sociedad. « Se » ven, dice, en las casas particulares, hombres groseros é ignorantes, jornaleros de lana, tejedores, que se callan ante » los ancianos y padres de familia. Mas si encuentran á solas » algunos niños ó mujeres, los adoctrinan; les dicen que no » han de escuchar ni á sus padres ni á sus maestros: que todos estos son de genio apocado, é incapaces de conocer la

» verdad. Incitan así á los hijos á que sacudan el yugo de sus
 » padres; les instan para que vayan á algun subterráneo, ó tal
 » vez á la trastienda de un tundidor ó zapatero, para ir á oír
 » allí á los doctores de la ciencia nueva, á aprender lo que es
 » perfecto. A sus demás locuras añaden la absurda pretension
 » de ver su supersticion hecha la fe general del mundo. Pero,
 » ¿qué hombre cuerdo mirará como posible que todos los
 » pueblos de la tierra, griegos y bárbaros, se sometan nunca
 » jamás á una sola creencia, á un solo culto? » Lo que le pa-
 recia imposible al filósofo pagano, no por ello ha dejado de ser
 el hecho mas palpable, universal y auténtico. Y su testimonio
 hace mas visible el milagro del triunfo del Evangelio al través
 de todas las imposibilidades y obstáculos. — Porfirio, nacido
 en Batanea de la Siria, en 233, discípulo de Plotino, y sin
 disputa el primer filósofo pagano de su tiempo, marchaba por
 las huellas de Celso. Escribió en Sicilia quince libros contra el
 cristianismo, que fueron coronados por los paganos con el dic-
 tado de divinos. Los obispos y doctores mas considerables de
 su época le refutaron y resolvieron sus argumentos: san Me-
 todio, Apolinar y Eusebio, entre otros. Se han perdido estas
 refutaciones así como la obra del autor, cuya marcha empero
 puede conocerse por los pasajes que los santos Padres citan
 cuando se presenta la ocasion. Porfirio ataca principalmente
 los libros del antiguo y nuevo Testamento, en los cuales se
 esfuerza en hallar contradicciones, absurdos, inverosimilitud
 ó imposibilidades. Se esfuerza particularmente en combatir las
 profecías de Daniel, que supone no haberse escrito sino des-
 pues de los acontecimientos que anuncian. Hé aquí alguna que
 otra de las demás objeciones que presenta: Jesucristo se decia
 hijo de Dios, y sin embargo ha destruido los sacrificios de la
 antigua ley, establecidos por Dios; ahora bien, Dios no puede
 condenarse á sí mismo. — No hay paridad entre el pecado co-
 metido y el castigo eterno. La ley cristiana, cuya sancion son
 penas sin fin, es pues una ley monstruosa. — Si Cristo es la
 única via de salvacion, como dicen los fieles, ¿porqué ha ve-
 nido tan tarde? — Los milagros obrados en el sepulcro de los

mártires no son á los ojos de Porfirio sino encantamientos má-
 gicos é ilusiones de los demonios. — La cuestion de los mila-
 gros era la que mas los ponía en embarazo: es cosa muy no-
 table que ninguno de ellos trata de negarlos; sino que todos
 sus conatos tienden á explicarlos de un modo mas ó menos in-
 genioso, jamás á ponerlos en duda. Jámblico, nacido en Calcis
 de la Celesiria, hácia el fin del tercer siglo, filósofo neoplatónico
 de lá escuela de Porfirio, agota todos los recursos de su espí-
 ritu para descubrir una solucion á esa dificultad. Nos queda de
 él una *Vida de Pitágoras*, en la cual enseña los medios de co-
 municar con la divinidad ó con los demonios, y pretende ha-
 ber hallado el secreto de hacer milagros. Pitágoras es presen-
 tado en esta obra como un taumaturgo tan poderoso como
 Cristo, y como habiendo llegado á este maravilloso resultado
 por el conocimiento de los misterios *teúrgicos*. Pero la tenta-
 tiva mas atrevida en este género fué la que se propuso Filo-
 trato, retórico de Lemos, bajo el reinado de Septimio Severo
 (196-211), en su *Biografía* de Apolonio de Tiana. Se concibe
 hasta cierto punto que el nombre de Pitágoras, ya rodeado en
 la sombra de las edades con una auréola *mítica*, haya podido
 servir de arma de guerra á Jámblico en un siglo lejano, cuando
 no era ya casi posible verificar las fábulas con que se queria
endiosar su memoria. Mas Apolonio de Tiana habia muerto en
 el año 97 de la era cristiana, y el recuerdo de sus imposturas
 estaba aun vivo en una generacion casi contemporánea. Sea lo
 que quiera, el héroe de Filostrato aparece en esta apoteosis
 como una manifestacion de la divinidad en la tierra, sembrando
 prodigios á su paso, mandando á los elementos, viendo al tra-
 vés de inmensos espacios, conversando con los espíritus, adi-
 vinando lo venidero y contándolo con los detalles de un histo-
 riador, no con la concision de un poeta. Sin embargo, el tal
 Apolonio, á pesar de sus numerosas aventuras y peregrinacio-
 nes dignas de la Odisea, es acusado ante Domiciano por uno
 de sus discípulos, el avaro Eufrates. Sin conmovirse del peli-
 gro que le amenaza, se va á Roma, predice su muerte y es
 abandonado de los suyos en el momento crítico. Horriblemente

atormentado por órden de Domiciano, queda abandonado por muerto: y mas tarde apareciéndose á uno de sus amigos, le intima que le toque y palpe para convencerse de que vive aun, y de que no es una sombra salida de los infiernos. Tal es el evangelio de este Mesías de Filostrato. — Los filósofos del siglo XVIII han tratado de exhumar, á su vez, su memoria para oponerle á la divinidad de Jesucristo. Pero, ó Filostrato cuenta la verdad, y en este caso, ¿cómo es que el mundo no adora á Apolonio de Tiana? ó bien Filostrato solo ha hecho un libro de cuentos, solo ha escrito una fábula, y entonces ¿á qué viene traer á colacion el nombre, olvidado ya muchos siglos, de un impostor que ni siquiera tuvo talento para dejar un solo discípulo que le sobreviviese? — Hierocles, aquel gobernador de la Bitinia bajo Diocleciano, cuyo encarnizamiento en perseguir á los cristianos hemos visto, no omite la objecion sacada de Apolonio de Tiana en sus hipócritas *Discursos de verdad*, dirigidos á los discípulos de Jesucristo. « Los cristianos, dice, alaban » siempre á su Jesús por haber dado vista á algunos ciegos, » y obrado cosas semejantes; mas nosotros poseemos muchos » hombres ilustrados, á quienes con mas derecho atribuimos » iguales y aun mayores prodigios. Y así, á mas de Aristeo y » Pitágoras, ha hecho grandes y maravillosas cosas Apolonio » de Tiana. Añadid á esto, que los milagros de Jesús han sido » contados por Pedro, por Pablo y por otros de este género, » hombres impostores y truhanes; en tanto que motivos puros » y razonables han movido á hombres muy ilustrados y amigos de la verdad, tales como Máximo, Damis y Filostrato, á » publicar las acciones de Apolonio. » Solo merecia desprecio la inepticia de tales proposiciones, si Hierocles, que las escribe, no fuera por otra parte objeto de horror por tanta sangre como hizo derramar, por tantas y tan ilustres víctimas como martirizó en defensa de una fe á la que intentaba atacar, y aun comparar con una fábula de la cual no queda el menor rastro histórico.

7. En la época misma en que aparecieron los primeros edictos de los paganos contra los cristianos, estos por su lado co-

menzaron á publicar apologías destinadas, sea á inspirar á los emperadores y gobernadores proceder mas humanos con los fieles, sea á hacer penetrar en los espíritus cultos mejores nociones acerca del cristianismo, menospreciado por no conocido, sea á justificar en los fieles su alejamiento de la religion del Estado, sea en fin á rasgar el velo de las torpezas é infamias del politeismo. Los primeros escritos de este género, presentados en 131 al emperador Adriano por Cuadrato y Aristides, se han perdido, así como los de Milciades, Apolonar de Hierápolis y de Meliton de Sardes. Hemos hablado á su época de las apologías de san Justino, de Taciano, Tertuliano, Clemente de Alejandría y Orígenes. Todas las objeciones de la filosofía, todos los sofismas y preocupaciones del politeismo se hallan victoriosamente refutados en las obras de estos apolo-gistas. La verdad queda vindicada de las calumnias, se expone y aclara de buena fe, se la apoya en hechos ciertos, indudables, se la limpia de las nubes con que se queria mancharla.

8. No solo tenia que defenderse la Iglesia contra los ataques de fuera; sino que, apenas constituida, habia visto nacer en su seno adversarios tanto mas peligrosos, cuanto que se valian contra ella de armas que, por decirlo así, habian tomado ellos de la misma Iglesia. Hemos hecho observar, hablando de las herejías, su naturaleza diversa. Nacidas en un principio del espíritu judaico, que pretendia introducirse en la doctrina del Evangelio y sobrevivir á su derrota imponiéndose á su vencedor, no movieron en un principio sino cuestiones ceremoniales. Tales fueron los errores de Cerinto y Ebion. El paganismo quiso á su vez hacer irrupcion en la Iglesia; y engendró las diversas sectas *gnósticas*, que desde Simon el Mago hasta Valentino se multiplicaron bajo tantas formas, y cuyos resúmenes hemos dado harto explicitamente para no ser necesarios mas detalles. Duró como cien años la fuerza, expansion y decadencia del gnosticismo: hácia el fin del siglo tercero, estaba en completa descomposicion. Le sucedió el maniqueismo, herejía que renovaba parte de sus errores. El dualismo de los principios, el antagonismo entre el espíritu y la materia forman la